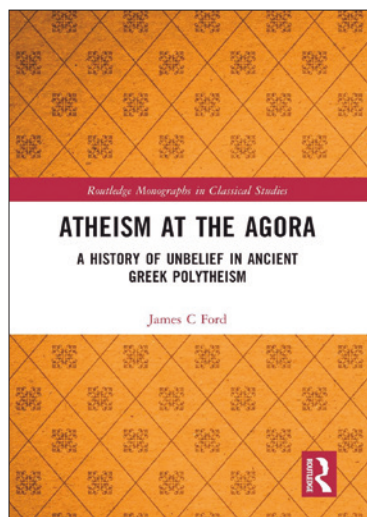


## ATHEISM AT THE AGORA



---

FORD, JAMES C. (2024). *Atheism at the Agora. A History of Unbelief in Ancient Greek Polytheism*. London & New York: Routledge. 218 pp., 104.00 £ [ISBN 978-1-03-249299-5]

---

RAMÓN SONEIRA-MARTÍNEZ

Österreichische Archäologische Institut (ÖAW)

ramon.soneiramartinez@oeaw.ac.at – <https://orcid.org/0000-0003-0108-8844>

En algunas ocasiones nos encontramos con monografías cuyo título es un claro reflejo del contenido del libro, títulos que sintetizan el tema del libro, describiendo incluso su aproximación y la visión que la persona que lo escribió pretende exponer a lo largo de las páginas. Otras veces, el autor o autora prefiere un título más ostentoso, complejo o incluso literario que, aunque puede servir como objeto de atracción para el potencial lector, es difícil saber qué aproximación pretende desarrollar quien escribe el libro. La monografía *Atheism at the Agora. A History of Unbelief in Ancient Greek Polytheism* es una mezcla de ambas. Quien espere un libro dedicado exclusivamente a las fuentes del ateísmo griego,

como fueron las publicaciones de Marek Winiarczyk,<sup>1</sup> o bien una lista de personajes históricos que la historiografía tanto antigua como moderna ha calificado de ateos, como la obra de John C.A. Gaskin o Georges Minois,<sup>2</sup> se llevará una enorme decepción. Tampoco es una obra que se inserte en la agenda argumentativa del llamado *Nuevo Ateísmo*, que entiende el ateísmo griego como la primera piedra del ateísmo universal. A pesar de su título, es una monografía dedicada a la comprensión, análisis y entendimiento de la religión griega. Aunque pueda sonar contradictorio desde el punto de vista del ateísmo contemporáneo, el ateísmo en la Antigüedad, como demuestra Ford a lo largo de las páginas, es imposible de concebir y de comprender sin un análisis histórico, sociológico y cultural del hecho religioso en la antigua Grecia.

La obra que presenta Ford es el resultado ampliado de la investigación que llevó a cabo para su tesis doctoral en la Universidad de Liverpool titulada *Godless Greece. Atheism in Greek Society*, concluida en 2017. La novedad de este libro y, desde mi punto de vista, también su originalidad, queda explicada por el propio autor cuando desgrana los objetivos de esta monografía. Ford rechaza un análisis de lo que identifica como “creencias individuales” (p. 5). Dadas las dificultades que tenemos ante las fuentes antiguas para discernir el sistema de creencias de los sujetos históricos y sus motivaciones en las prácticas rituales, el autor apuesta por un acercamiento colectivo, tratando de entender el campo de acción y pensamiento griego para así identificar los procesos por los cuales se desarrollaron posiciones ateas. Esta aproximación, donde se prioriza lo social y colectivo frente a la identidad individual, estructura el análisis de la obra, rechazando así un acercamiento prosopográfico. Frente a obras anteriores que han evidenciado la existencia de la increencia en el mundo antiguo, Ford no pretende hacer un “catálogo de ateos”, enumerando uno por uno aquellos personajes históricos que de una forma u otra han pasado a la historia por sus posiciones increíbles. Igualmente, la “historia de la increencia” que presenta el autor no sigue una estructura cronológica paralela a una historia de la filosofía griega que partiría del surgimiento de los primeros filósofos presocráticos en la época arcaica hasta las escuelas helenísticas, un análisis cronológico que ha sido bastante común en las publicaciones dedicadas al estudio del ateísmo griego.<sup>3</sup>

El relato histórico de Ford, sin embargo, apuesta por un estudio holístico, señalando los elementos más característicos de la religión griega que, según su criterio,

---

1. Winiarczyk, 1992a y 1992b.

2. Gaskin, 1989; Minois, 1999.

3. Bremmer, 2007; Sedley, 2013a y 2013b; Whitmarsh, 2015.

pervivieron en la convivencia de prácticas rituales de alto valor teológico con posiciones de duda, escepticismo y, en última instancia, de ateísmo. Para ello, el autor demuestra no solo un gran trabajo en la interpretación de las fuentes griegas, especialmente literarias, sino también una reflexión teórica contundente y minuciosa que trata con especial cuidado los diferentes conceptos y marcos teóricos que utiliza para el análisis de la increencia griega. Una demostración de esa intencionalidad por la explicación y significación de los conceptos utilizados queda evidenciada en la definición que presenta Ford sobre el concepto de ateísmo en el primer capítulo de la obra. Para el autor, el ateísmo incluye “las diversas formas de increencia en los dioses correctos y/o el hecho de no adorarlos de forma adecuada” (pp. 17 y 170). Esta definición, que el autor introduce en las primeras páginas del libro, no pretende únicamente generar un marco común desde el cual el lector pueda situar la argumentación, sino que además busca crear una conceptualización cuyo objetivo final sea la aplicabilidad histórica. En este sentido, Ford ofrece una categoría *etic* para el estudio del ateísmo, su diversidad y complejidad en el mundo antiguo, particularmente, en el contexto griego.

Aunque esta definición puede ser discutida (y de hecho mencionaré algunos aspectos al respecto más adelante), Ford presenta esta definición en el primer capítulo que estructura la monografía, tras evaluar lo que podríamos denominar la historiografía del ateísmo griego. El autor demuestra un amplio conocimiento de las obras que se han dedicado al análisis del ateísmo en la Grecia antigua en la última centuria, desde la ya clásica obra de Anders B. Drachmann,<sup>4</sup> hasta monografías recientes como *Battling the Gods. Atheism in the Ancient World* de Tim Whitmarsh, publicada en 2015. Es cierto que ese análisis historiográfico podría haber sido más completo si se hubiesen añadido algunas otras obras escritas en lenguas distintas al inglés, como por ejemplo la obra colectiva editada por Vicente M. Ramón Palerm, Gabriel Sopeña Genzor y Ana C. Vicente Sánchez<sup>5</sup> o la monografía escrita por María de los Ángeles Durán López.<sup>6</sup> Igualmente, se echan en falta publicaciones como la obra editada por Ulrich Berner e Ilinca Tanaseanu-Döbler,<sup>7</sup> la ya clásica obra sobre la expresión *theous nomizein* de Wilhelm Fahr,<sup>8</sup> la colección de artículos recogida en un volumen monográfico de la revista *Philo-*

---

4. Drachmann, 1919.

5. Ramón Palerm, Sopeña Genzor & Vicente Sánchez, 2018.

6. Durán López, 2011.

7. Berner & Tanaseanu-Döbler, 2009.

8. Fahr, 1969.

*sophie antique* bajo el título *L'athéisme antique*<sup>9</sup> o la serie de artículos publicados por Stelio Zeppi.<sup>10</sup> Uno podría pensar que la adaptación de la tesis a la publicación monográfica ha llevado al autor a reducir las referencias bibliográficas y la discusión historiográfica, pero estos títulos, al menos los publicados antes del 2017, tampoco se encuentran en el corpus bibliográfico de su tesis.

Este primer capítulo, que sirve como introducción de la obra, aborda igualmente los debates teóricos en torno al estudio de la increencia tanto en la contemporaneidad como en épocas pretéritas. De esta forma, el autor se muestra familiarizado con los debates en torno a la definición del ateísmo y las diferentes tipologías que se han ido conceptualizando en las últimas décadas, como por ejemplo las distinciones entre ateísmo positivo y negativo, teórico y práctico, o fuerte y débil.<sup>11</sup> El autor rechaza este tipo de distinciones, apostando por un acercamiento más amplio donde el peso teórico no recaiga en la tipología de creencia que tienen los sujetos históricos. Es importante señalar esta posición del autor, ya que esta teorización del concepto de ateísmo, unida al ejercicio de análisis historiográfico del ateísmo griego que mencionaba anteriormente, permite a Ford contraargumentar a aquellos autores que previamente han tratado de defender la imposibilidad de estudiar el ateísmo en períodos históricos premodernos. Ford defiende una posición que entiende la increencia como un fenómeno completamente “integrado” (*embedded*) en su campo religioso, y así, las posiciones de duda y escepticismo son tan “naturales” en los seres humanos como lo es la religión (p. 17). Partiendo de esta premisa sobre la religión, que el autor identifica como “universalismo religioso” (p. 170), Ford se adentra de lleno en las características de la religiosidad griega para comprender cómo la interrelación entre religión e increencia se desarrolló en el contexto griego.

Con el fin de conseguir tal objetivo, el segundo capítulo del libro explica el sistema de educación griega, la *paideia*, y cómo ese proceso de socialización de las convenciones políticas, culturales y religiosas generaba una normatividad que estructuraba la praxis de los griegos antiguos. Como ya es bien conocido, y el propio autor enfatiza a lo largo de la obra, nos encontramos en un contexto religioso peculiar donde no existe un dogma establecido, ni unas escrituras sagradas que sean fuente de autoridad teológica y religiosa, ni tampoco un cuerpo sacerdotal reglado y jerarquizado que, en términos bourdieanos, posea el capital religioso.

---

9. Gourinat, 2018.

10. Zeppi, 1988a; 1988b; 1989a; 1989b; 1989c.

11. Sobre las distinciones en torno a los diferentes tipos de ateísmo, véase la introducción de Martin, 2010.

Por ese motivo, Ford entiende que el núcleo de la generación de la normatividad religiosa ha de buscarse en el aprendizaje religioso de los griegos, caracterizado por discursos vívidos, abiertos y en continuo cambio, donde la especulación sobre la naturaleza, los dioses, el ser o la bondad permeaba el paisaje intelectual griego (p. 32). Siguiendo esta argumentación, no es de extrañar que Ford se centre en este capítulo especialmente en la Atenas democrática, el papel de los sofistas en este proceso educativo de las juventudes aristocráticas atenienses y, especialmente, en la figura de Sócrates como mentor de esa juventud, demostrando mediante los diálogos platónicos cómo los debates en torno a las narraciones mitológicas y las formas de comprender el mundo estaban a la orden del día.

El tercer capítulo tiene como eje conductor los aspectos morales y cómo estos se interrelacionan con los discursos religiosos. Como señala Ford, la falta de un dogma religioso implicaba un desarrollo de la moralidad distinto al de otros contextos religiosos. Según el autor, los sistemas éticos y morales se sustentaban en “normas humanas comúnmente acordadas” (p. 57). Para demostrar tal tesis, el autor utiliza sobre todo las fuentes literarias de los oradores atenienses durante el periodo clásico, enfatizando especialmente aquellos relacionados con el homicidio. En ese análisis, Ford desemboca en uno de los textos más característicos de la increencia en el mundo griego: el llamado fragmento del *Sísifo* (*DK* 88, B25). Para el autor, el texto presenta sobre todo una crítica de la “moralidad religiosa” pero no de la religión *per se*. La religión es entendida como útil para la socialización de los individuos que componen la comunidad; sin embargo, la creencia religiosa se entiende como una mentira (pp. 60-61). En este sentido, Ford explica que el surgimiento de textos como el *Sísifo*, así como las posiciones filosóficas que podemos leer en *República* o en *Leyes*, son consecuencia de los debates sobre la moralidad y las fuentes de autoridad moral generados por el propio contexto histórico ateniense a finales del siglo V a.C. La Guerra del Peloponeso, la plaga y las importantes luchas políticas internas dentro de la *polis* constituyen el escenario donde estos cambios filosóficos y religiosos se desarrollaron, desembocando en última instancia en posiciones que ponían en tela de juicio la relación entre los mortales y los dioses, así como la naturaleza de las divinidades.

La aparición de estos discursos increíbles puede apreciarse especialmente en aquellos que tenían como objetivo discutir la justicia divina. Así, Ford dedica el cuarto capítulo de la obra a la teodicea griega y a cómo los griegos antiguos explicaban la existencia del mal en el mundo, especialmente reflejado en el sufrimiento de los mortales ante los devenires existenciales. El autor realiza un análisis transhistórico del contexto griego, examinando las posturas filosóficas en torno a la justicia

de los dioses desde la época arcaica hasta el periodo clásico. Ford concluye que la enorme diversidad de explicaciones y narrativas filosóficas, unida a la inexistencia de un dogma cerrado, permitía que los individuos pudieran realizar diferentes “combinaciones” para explicar problemas teológicos y dar solución a situaciones de desasosiego, entre las que se incluyen las posiciones escépticas (p. 89). Siguiendo esta idea, el autor concluye que la increencia, lejos de formarse en oposición a los problemas religiosos, surge dentro del núcleo del campo religioso y, de esta forma, la aparición de posiciones irreligiosas no puede entenderse sin la formación de la propia religiosidad griega. En palabras del autor, “la teología griega no sólo es indispensable para comprender la ateología griega y viceversa, sino que forma parte de la misma conversación y del mismo entorno” (p. 91).

Esta frase permite entender los motivos por los que el autor dedica el quinto capítulo a comprender cómo se concibió la noción de lo divino en el contexto griego antiguo y cómo ello permitió la aparición de las posiciones ateas. A pesar de la enorme diversidad teológica del contexto griego, como ya demostraron Esther Eidinow, Julia Kindt y Robin Osborne,<sup>12</sup> Ford se centra en una característica específica de lo divino en el mundo antiguo, una cualidad que el autor denomina la “incognoscibilidad” (*unknowability*) o “principio de incertidumbre” (*principle of uncertainty*) de lo divino. Bajo este concepto, Ford realiza una reflexión extremadamente interesante sobre la interrelación que existe entre los límites de concebir lo divino en el contexto griego antiguo y su materialización en la praxis ritual. Como indica el autor, la incertidumbre que surge de no poder entender cuál es la motivación que mueve a los agentes divinos y la razón última de su acción implica la necesidad de establecer canales de comunicación que suplan tal incertidumbre. En otras palabras, al no poder conocer los misterios que esconde la naturaleza de las divinidades, los griegos desarrollaron un sistema ritual para intentar controlar lo incontrolable. Además, como señala Ford, esta noción de “incognoscibilidad”, lejos de ser una debilidad en el sistema teológico griego, permitía igualmente explicar las desgracias que acontecían en el mundo, incluyendo los rituales fallidos. En último término, se explicaban por la complejidad de entender lo divino, una complejidad que se evidenciaba a raíz del contacto entre el contexto teológico griego y otros sistemas de creencias de su entorno. Como demuestra Ford analizando la obra de Heródoto, la equivalencia que el historiador heleno establece entre las divinidades egipcias y las griegas se realiza gracias a esa imposibilidad de definir y entender toda la comple-

---

12. Eidinow, Kindt & Osborne, 2016.

jjidad que implica la noción de lo divino. De esta forma, como concluye el autor, la “incognoscibilidad” estaba tan integrada en el “corazón” de la religión y la irreligión griegas que era un elemento totalmente indispensable en el desarrollo de las narrativas teológicas y los discursos filosóficos sobre lo divino (p. 113). Por lo tanto, la duda, el escepticismo y las posiciones increyentes, lejos de ser impensables en el contexto griego, eran elementos discursivos cotidianos en el paisaje religioso griego.

El capítulo sexto recoge esa diversidad en la construcción de los relatos teológicos en los que se entremezclan increencia y tradición religiosa para comprender el desarrollo del ateísmo desde el punto de vista de la formación de identidades y la alteridad. En este sentido, el autor se nutre de las obras dedicadas a dos elementos indispensables en la religión griega, pero que en muchas ocasiones han sido marginalizados en las monografías dedicadas a la religión griega: la magia y la superstición. Dada la definición de ateísmo explícitamente normativa que Ford establece ya al inicio del libro, el autor entiende que el binomio magia y superstición, entendidas como formas de vida religiosas alternativas pero integradas en lo que denominamos religión griega, es el campo de discusión normativa donde debemos analizar el desarrollo de las posiciones ateas. Así, magia, superstición y ateísmo son tres elementos de la religiosidad griega que no solo son importantes para entender su complejidad, sino que son la punta de lanza en el entendimiento de la alteridad y, en consecuencia, de la creación de estereotipos en los discursos normativos que tratan de señalar qué formas de entender lo divino y relacionarse con él son más correctas que otras (p. 135). En esta batalla dialéctica de la normatividad religiosa es donde se asienta el desarrollo de la increencia.

Finalmente, el capítulo séptimo aborda quizás el tema más discutido en la historiografía del ateísmo griego: la noción de *asebeia* y la presencia de juicios sobre impiedad en el periodo clásico ateniense, especialmente a finales del s. V y principios del s. IV a.C. La evidencia de estas acusaciones por impiedad ha sido el campo de debate más importante en la investigación de las posiciones ateas en el contexto griego. El autor se sumerge en este debate mediante la lectura y análisis de diferentes publicaciones de las últimas décadas, centrándose especialmente en el contexto histórico ateniense. De esta forma, Ford enumera diversos personajes históricos del cronotopo ateniense que, de alguna manera, han sido relacionados con delitos de impiedad en fuentes contemporáneas y posteriores. Fidias, Aspasia, Anaxágoras, Protágoras y un largo etcétera son los protagonistas de estos relatos.

Aunque autores como Jakub Filonik<sup>13</sup> han investigado exhaustivamente cada uno de estos casos y la mayoría concuerda en que gran parte de ellos son invenciones de fuentes tardías, Ford defiende que la Atenas de finales del siglo V a.C. no era un contexto seguro para aquellas personas que desarrollaban posturas ateas. Tanto es así que, mediante un análisis interpretativo de los juicios de Andócides, Nicómaco y, sobre todo, Sócrates, el autor argumenta que ciertos individuos, en momentos de enorme crisis política, social y religiosa, podían llegar a ser “chivos expiatorios” (*pharmakoi*) que la comunidad “sacrificaba” para evitar los males que acontecían a la *polis*. Ford trata de explicar esta teoría especialmente con el juicio de Sócrates, pues, de acuerdo con la historiografía, es uno de los pocos juicios de esta etapa que fue veraz. Según el autor, la propia muerte de Sócrates podría estar relacionada con el calendario religioso, específicamente con el festival de Apolo en el sexto día del mes targelión, fecha en la que, supuestamente, Sócrates bebió la cicuta.

Más allá de las posibilidades reales que existen para esta interpretación, es preciso señalar su originalidad, ya que dota de una nueva lectura a uno de los pocos momentos en la literatura griega clásica donde podemos observar el término *atheos* asociado a una clara increencia en las divinidades. En última instancia, la interpretación de Ford, tanto del juicio de Sócrates como de otros personajes como Anaxágoras o Protágoras, refuerza la teoría que ya planteó hace una década Sedley.<sup>14</sup> el ateísmo griego fue altamente perseguido, especialmente en un periodo de crisis como fue la Atenas de finales del s. V a.C. Sin duda, esta idea desmonta la imagen bucólica e idílica de la Atenas democrática que ha prevalecido en la historiografía griega y que sigue vigente en la actualidad. No obstante, rechazar esa visión romanizada de la Atenas clásica no debería llevarnos a generar una idea distorsionada de las posturas ateas en el mundo antiguo. Si la increencia era parte esencial de la religiosidad griega, como reconoce el propio Ford, afirmar que las personas ateas eran un potencial sacrificio de la comunidad para acabar con sus males es quizás excesivo. Esto no quiere decir que, al igual que la magia o la superstición, el ateísmo no haya sido desarrollado en una marginalización normativa y que las ideas y prácticas que podía conllevar fueran objeto de críticas.

Aun con todo ello, coincido profundamente con las conclusiones que cierran la monografía. Tras identificar las ideas clave de cada capítulo, Ford reconoce que el estudio del ateísmo en el contexto griego, a diferencia de lo que se afirmaba

---

13. Filonik, 2013.

14. Sedley, 2013b.



hace unas décadas en los manuales sobre religión griega, es indispensable para comprender las dinámicas que configuran la religiosidad de los griegos antiguos. Además, el autor reconoce que las nuevas aplicaciones teóricas que han surgido de otras ciencias sociales y humanas, como la teoría postcolonial, la perspectiva de género o la teoría *queer*, han sido extremadamente útiles para identificar a los sectores marginalizados de la sociedad griega y que, por tanto, esos marcos teóricos pueden ser extremadamente relevantes para comprender el desarrollo de la increencia dentro del campo religioso griego (p. 171).

En definitiva, esta monografía es, desde mi punto de vista, una obra indispensable para todas aquellas personas interesadas en la religión griega. La forma en que está escrita permite atraer a un amplio abanico de potenciales lectores, desde aquellos más especializados que buscan nuevas formas de entender la religiosidad griega con un claro énfasis en las posiciones increyentes, hasta personas menos especializadas que traten de comprender la complejidad de la religión griega, sus prácticas y sus experiencias. Es una manera de entender la religiosidad que, aunque se diferencia enormemente de nuestras formas contemporáneas de vida religiosa, sigue teniendo elementos comunes que permiten comparaciones relevantes, como la que el propio autor hace entre el contexto bélico de la Guerra del Peloponeso a finales del siglo V a.C. en Atenas y cómo este modificó ciertas creencias y prácticas religiosas y el contexto bélico de la Primera Guerra Mundial, donde igualmente se desarrollaron nuevas formas teológicas para comprender lo divino, así como nuevas posiciones críticas hacia la tradición religiosa (p. 147).

Cabe mencionar igualmente la interesante propuesta de estructuración de la obra. Lejos de ser la típica monografía sobre la historia de la filosofía griega que se centra en personajes históricos analizados de manera cronológica, la perspectiva de Ford apuesta por una aproximación holística que entiende el ateísmo dentro de su contexto religioso. Así, como indica reiteradas veces el autor, sin entender la religión griega, su cultura asociada y su materialización en la praxis ritual, es imposible comprender el desarrollo de la increencia en la Grecia antigua. Además, la obra se apoya en una robusta exégesis de las fuentes antiguas, utilizando una enorme diversidad de fuentes literarias que permiten contextualizar las ideas que defiende el autor. Es cierto, como ya ha mencionado John Henry,<sup>15</sup> que existen algunos errores de traducción y que algunas lecturas de ciertos pasajes requieren una mayor explicación.

---

15. Henry, 2024.

A los errores o posibles mejoras que señala Henry, yo añadiría la interpretación que Ford hace del tratado hipocrático *Sobre la enfermedad sagrada*, cuando afirma que el autor del escrito, en su crítica a magos, curanderos y charlatanes, debilita la noción de lo divino eliminando la agencia de los dioses para causar enfermedades. Según Ford, la crítica del autor del tratado sugiere “un método alternativo para el tratamiento de la epilepsia que no se basa en apelaciones mágicas y religiosas, sino en el tratamiento clínico” (p. 132). Sin embargo, el mismo autor del tratado que critica la causalidad de ciertas divinidades en la enfermedad recomienda seguir acudiendo a los templos y santuarios, pues es en ellos donde se puede conseguir la verdadera purificación (Hp., *Morb. Sacr.* 5). Por lo tanto, la dicotomía entre un tratamiento clínico y uno mágico-religioso no es tan evidente como lo asume Ford. Por otro lado, el autor afirma que Heródoto elude debates teológicos por “el deseo de evitar cometer impiedad”, ya que, según él, Heródoto creía que los dioses eran incognoscibles y que, por tanto, tratar de afirmar con contundencia algún elemento de su naturaleza era un acto impío (pp. 111-112). No obstante, es más plausible suponer que la manera en la que Heródoto evita los debates teológicos se debe más a una postura de indiferencia ante el debate en torno a lo divino en el relato historiográfico que a un miedo real a ser perseguido o criticado por enunciar ciertos elementos de la divinidad. Una postura similar la encontramos en Sócrates, cuando considera una pérdida de tiempo discutir sobre la existencia de seres mitológicos como el minotauro o la quimera (Pl., *Phdr.* 229d-e).

No me gustaría concluir esta reseña sin mencionar algunos aspectos de la definición de ateísmo que propone Ford para el estudio histórico del ateísmo. Estoy convencido de que una aproximación desde la normatividad religiosa tiene un enorme potencial para comprender la forma en que surgen posiciones ateas en los contextos religiosos antiguos. De hecho, su alusión a la “visión correcta” de los dioses y a la praxis adecuada para su veneración enfatiza ese valor normativo. No obstante, y como reconoce el propio autor, la definición de ateísmo que propone es demasiado amplia y puede llevar a ciertas confusiones. Además, el ateísmo en el mundo griego, al igual que la religión, es un fenómeno cambiante y extremadamente dinámico. Las posiciones ateas durante el periodo clásico ateniense eran distintas de las dudas teológicas y posiciones escépticas que vemos en los filósofos presocráticos de época arcaica. En otras palabras, no queda claro cómo podemos delimitar las “diversas formas de increencia” para considerarlas ateas o no. ¿Acaso toda duda sobre la forma de adorar “correctamente” a los dioses o sobre las cualidades naturales de lo divino es una muestra de ateísmo?

Sin duda, la respuesta no es fácil. Ford es consciente de ello y, aun así, apuesta por un marco teórico claramente definido que trata, sobre todo, de averiguar la interrelación entre las formas de vida religiosas de los griegos antiguos y cómo de ellas surgen las posiciones ateas. La obra es, por tanto, un soplo de aire fresco en el análisis del ateísmo en el mundo antiguo, un tema que como se ha ido demostrando en los últimos años, es cada vez más relevante en los estudios sobre la religión griega. En definitiva, la obra de Ford es un gran trabajo de investigación con un excelente uso de fuentes primarias y lecturas contemporáneas sobre la increencia, donde se demuestra que un diálogo ecléctico entre los estudios clásicos y otras disciplinas de las ciencias sociales y humanas, como la sociología, la filosofía o la antropología, se torna cada vez más necesario en los análisis históricos. Estoy convencido de que esta monografía contribuirá a futuros debates en el campo de la historia de las religiones y, muy especialmente, en el análisis de la increencia y su historia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Berner, Ulrich & Tanaseanu-Döbler, Ilinca (eds.) (2009). *Religion und Kritik in der Antike*. Berlin & Münster: LIT.
- Bremmer, Jan N. (2007). Atheism in Antiquity. En Martin, 2007, pp. 11-26. [Trad. al español en *Introducción al ateísmo*. Madrid: Akal, 2010].
- Bullivant, Stephen & Ruse, Michael (eds.) (2013). *The Oxford Handbook of Atheism*. Oxford: Oxford University Press.
- Drachmann, Anders Bjørn (1922) [1919]. *Atheism in Pagan Antiquity*. London: Gyldendal.
- Durán López, María de los Ángeles (2011). *Los dioses en crisis. Actitud de los Sofistas ante la tendencia religiosa del hombre*. Madrid: Ediciones Clásicas.
- Eidinow, Esther, Kindt, Julia & Osborne, Robin (2016). *Theologies of Ancient Greek Religion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fahr, Wilhelm (1969). Theous nomizein. *Zum Problem der Anfänge des Atheismus bei den Griechen*. Hildesheim: Olms.
- Filonik, Jakub (2013). Athenian Impiety Trials. A Reappraisal. *Dike*, 16, pp. 11-96.
- Gaskin, John C.A. (1989). *Varieties of Unbelief. From Epicurus to Sartre*. London & New York: Macmillan.
- Gourinat, Jean-Baptiste (ed.) (2018). *L'athéisme antique*. Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion.
- Harte, Verity & Lane, Melissa (eds.) (2013). "Politeia" in *Greek and Roman Philosophy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Henry, John (2024). Atheism at the Agora. *The Classical Review*, 74.1, pp. 262-264.
- Martin, Michael (2007). *The Cambridge Companion to Atheism*. Cambridge: Cambridge University Press [Trad. al español como *Introducción al ateísmo*. Madrid: Akal, 2010].

- Minois, Georges (1999). *Histoire de l'athéisme. Les incroyants dans le monde occidental des origines à nos jours*. Paris: Fayard.
- Ramón Palerm, Vicente M., Sopeña Genzor, Gabriel & Vicente Sánchez, Ana C. (eds.) (2018). *Irreligiosidad y literatura en la Atenas Clásica*. Coimbra: Universidade de Coimbra.
- Sedley, David (2013a). From the Pre-socratics to the Hellenistic Age. En Bullivant & Ruse, 2013, pp. 139-151.
- Sedley, David (2013b). The Atheist Underground. En Harte & Lane, 2013, pp. 329-348.
- Whitmarsh, Tim (2015). *Battling the Gods. Atheism in the Ancient World*. New York: Alfred A. Knopf.
- Winiarczyk, Marek (1992a). Antike Bezeichnungen der Gottlosigkeit und des Atheismus. *Rheinisches Museum*, 135, pp. 216-225.
- Winiarczyk, Marek (1992b). Wer galt im Altertum als Atheist? *Philologus*, 136.2, pp. 306-310.
- Zeppi, Stelio (1988a). Le origini dell'ateismo antico (prima parte). *Giornale di Metafisica*, 10.2, pp. 197-234.
- Zeppi, Stelio (1988b). Le origini dell'ateismo antico (seconda parte). *Giornale di Metafisica*, 10.3, pp. 421-440.
- Zeppi, Stelio (1989a). Le origini dell'ateismo antico (terza parte). *Giornale di Metafisica*, 11.1, pp. 65-98.
- Zeppi, Stelio (1989b). Le origini dell'ateismo antico (quarta parte). *Giornale di Metafisica*, 11.2, pp. 217-240.
- Zeppi, Stelio (1989c). Le origini dell'ateismo antico (quinta parte). *Giornale di Metafisica*, 11.3, pp. 363-396.